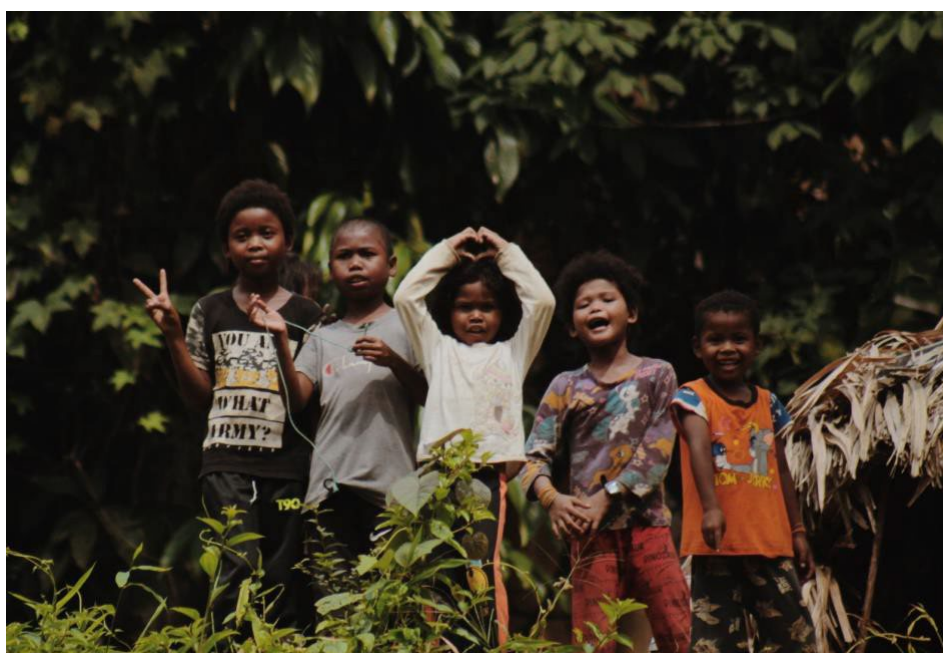


CRÓNICA DE VIAJE: MALASIA

“Malasia es una planta carnívora preciosa; pero si te acercas demasiado, te devora”

Amanda Sanz Vizcaíno

“I love you, I love you”, gritan desde lo alto de la colina, la inmensidad de la selva a sus espaldas. Dibujan corazones con las manos, otros se despiden eufóricos. Son tres niños y dos niñas, de edades imprecisas; como el resto de la tribu, cuesta decir si son adolescentes o ancianos. Aquí, en mitad de la selva más antigua de Malasia, el tiempo no transcurre para los Orang Asli. Dedicar sus días a recibir, entretener y despedir a turistas occidentales. Y acaban todas las visitas del mismo modo: los críos más alegres corren hasta lo más alto del poblado, y observan desde las alturas como aquellos desconocidos se suben a pequeñas lanchas de motor y se alejan río abajo de vuelta a un resort con buffet libre.



Subida en la barca con las voces de los niños aun resonando en mi cerebro, vuelve a mí la imagen de los suburbios del barrio chino de Kuala Lumpur. En la capital, las mezquitas, los templos hindúes y chinos se funden en un ecléctico paisaje impregnado de una insoportable fragancia de mugre mezclada con cúrcuma. En las profundidades de uno de los callejones, una anciana yace en el suelo, sentada frente al portal de su casa: en una mano sostiene un cigarrillo y en la otra, un anticuado teléfono, que aprieta con fuerza contra el oído.

La saludamos con una mano en alto, y le preguntamos si le podemos sacar una foto frente a la pintoresca fachada. De pronto, su rostro se torna frío y su mirada, hasta entonces indiferente, se tiñe de rabia. Con gestos violentos, nos ahuyenta del lugar. No recibimos ni un resquicio de amabilidad y mucho menos ningún “I love you”. Aquella calle no nos pertenece, aquella fotografía no nos corresponde; somos unos intrusos que profanan una lejana cotidianidad, y todos, menos nosotros, parecen saberlo.

Cientos de monos recorren las callejuelas guiando a los turistas hasta las Batu Caves, un templo hinduista incrustado en un acantilado y custodiado por una estatua del dios Mugaran

de más de cuarenta metros de altura. Familias llegadas de todos los rincones de la India acuden al lugar, vestidos con sus mejores galas: telas relucientes y coloridas, joyas de oro macizo y rostros limpios y felices.

Ascienden con pies descalzos por la escalinata que lleva hasta el templo; los simios rapiñan comida y roban violentamente gafas de sol, teléfonos móviles y cámaras fotográficas de los turistas. En cada escalón, se encuentra un macaco de mirada psicópata al lado de un cuerpo humano esquelético que yace en el suelo rogando por una pequeña limosna. Huérfanos, mujeres embarazadas, cuerpos mutilados... Todos ellos esperan recibir alguna moneda o, al menos, alguna que otra sobra de la comida que los monos roban.



El caos y la suciedad de la capital se van diluyendo lentamente a medida que nos alejamos de la urbe, y tan solo a trescientos kilómetros hacia el norte, George Town se erige bohemia y flamante, con sus calles repletas de obras de arte. Una desconcertante mezcla de chabolas y edificios en ruinas, templos chinos repletos de oro en su interior y edificios coloniales pintados de un blanco perfecto.

Por las avenidas de esta sencilla ciudad del estado de Penang, los malayos se ganan la vida conduciendo bicicletas atadas a carretillas destartaladas donde se montan las señoronas alemanas que ya se han cansado de caminar, con sus gigantescas pamelas y sus paipays de bambú. Una familia de europeos regatea el precio del paseo con el conductor, mientras este se limpia la suciedad de las uñas con un cepillo de dientes.

En mitad de la negociación, un anciano esquelético cruza calle abajo pedaleando encima de un extravagante triciclo en el que transporta todo tipo de cartones. Al llegar a la esquina, su sosegado traqueteo se ve interrumpido por un zumbido atemorizante: veinte coches oficiales, con vidrios tintados y banderas de Malasia en los techos, aparecen en contra dirección a toda velocidad. Como es habitual, días antes de las elecciones regionales, el pausado ritmo de la ciudad da un vuelco frente a estas muestras de poder y autoridad.



Los recuerdos de la colonia británica ascienden desde las costas de Penang hasta dos mil metros de altura, en Cameron Highlands, la zona más montañosa y fresca de la península. Todas las guías de viaje la definen como “una bocanada de aire puro”, donde disfrutar de trekkings y de un breve respiro de la humedad y el putrefacto olor a Durian —una fruta tropical que tiene el aspecto de arma nuclear, sabe a pollo y huele a aguas residuales— que caracteriza la vida en las ciudades.

En esta parte de la región de Tanah Rata, parece que toda la pobreza pertenece a otro mundo. Aquí, los niños malayos juegan a fútbol en preciosos campos verdes y hay negocios familiares en cada esquina. Gran parte de la economía de la zona se sostiene gracias a las descomunales plantaciones de té; todas ellas fueron creadas por los británicos durante la época colonial y hoy en día siguen perteneciendo a grandes empresarios ingleses que llegan de visita anualmente con aires de realeza.

La niebla asciende por las colinas sembradas de un verde sobrenatural, un paisaje digno de fotografiar siempre y cuando obviemos el detalle de que se tuvo que arrasar la jungla para poder cultivar la tierra. Las marabuntas de turistas llegan en Jeeps a la plantación. Se

amontonan en grandes miradores, para luego tomar un delicioso té y una tarta en una elegante cafetería con vistas a los campos.

El conductor que nos ha traído nos lleva a una zona más elevada donde no suelen ir la mayoría de los tours. Desde allí, me pide, con un inglés perfecto, que haga zoom con el teleobjetivo de la cámara. A través de las lentes, diviso en mitad del océano verde unas motitas blancas casi imperceptibles. Cuando enfoco mejor, lo distingo: incontables trabajadores cargan con sacos sobre sus sombreros de paja. Escalan las colinas interminables, una y otra vez, podan las hojas de té, llenan los pesados fardos y descienden hasta la parte inferior de nuevo.

Repiten la misma operación unas cinco veces en poco más de una hora, incansables; pero nadie parece estar dándose cuenta de que aquellos puntos en el horizonte son personas. Una realidad casi esclavista en la que los jornaleros de las plantaciones cobran alrededor de un euro por el trabajo de todo un día. El conductor explica que los trabajadores viven hacinados con sus familias en un pequeño poblado de barracas rojas, que se puede ver fácilmente desde la lujosa cafetería. Y, seguramente, en muchas de las fotografías que los turistas subirán luego a Instagram, aparecerán de fondo las casitas rojas y las motas blancas.

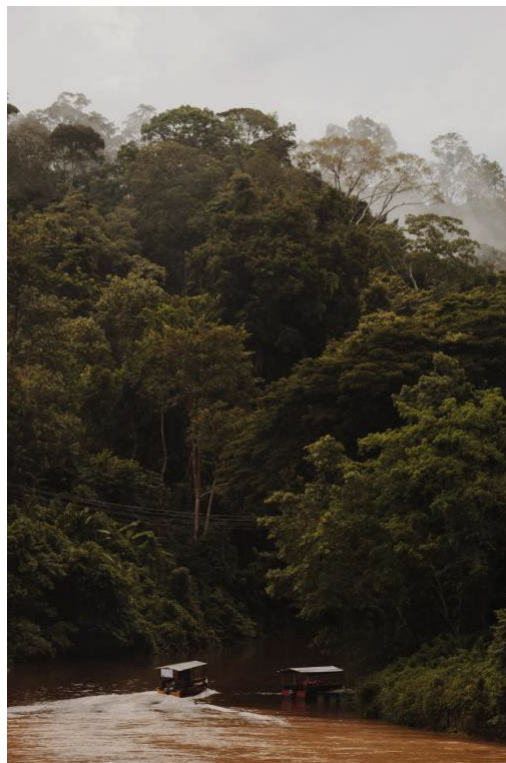


A bordo de una furgoneta de doce plazas en la que viajamos veinte personas hacinadas como cerdos, dejamos atrás la frescura de las alturas. Con cada curva que toma el conductor, la sensación de humedad se dispara; cuerpo contra cuerpo, los viajeros empiezan a sudar y los vidrios de la destartada Toyota se empañan. Tardamos diez horas en descender los dos mil metros de altitud y empezar a adentrarnos en el paisaje selvático del corazón de Malasia.

Cuando en el suelo de la furgoneta ya empezaban a formarse pequeños charcos de sudor, el grosero conductor se detiene en seco. “Good luck”, nos espeta, y abre de golpe las puertas, dejando entrar un fuego abrasador y un vapor que hace imposible poder respirar. La llegada a Kuala Tahan, un poblado perdido en mitad de la selva, es un descenso a los infiernos. Frente a las casitas en ruinas, con pintura desconchada y porches a punto de venirse abajo, confluyen el Tahan y el Templing, dos imponentes ríos, que tras las lluvias de los últimos días, se han teñido de color chocolate y transportan en sus aguas, desbocados y furiosos, enormes árboles caídos y toneladas de basura.

Salvaje, incontrolable, la vegetación crece en todas partes, invade las casas, rompe los cristales de las tiendas y levanta el asfalto de las carreteras. La fama de Taman Negara responde a ser la selva más antigua del mundo, lo que la convierte en uno de los parajes más densos e inexplorados del planeta. Nadie conoce del todo qué fauna existe realmente en el corazón de la jungla. Todo está envuelto por una nube de misterio, a la que se suma la humedad tropical, que causa un constante mareo y la sensación de estar delirando.

En la orilla del río, los restaurantes flotantes contruidos con cañas de bambú se tambalean con la llegada de las barcas que cruzan sin descanso de un lado a otro, transportando turistas. Por tan solo un ringgit –veinte céntimos–, navegan desde la orilla del poblado, donde viven los malayos, hasta el otro lado, en el cual se vislumbra entre los árboles un inmenso resort con más de cincuenta cabañas de ensueño y un lujoso comedor donde sirven buffet libre a cualquier hora del día.



Los guías caminan agobiados buscando clientes o bien, son perseguidos por un séquito de turistas rebozados en spray antimosquitos y vestimentas al estilo Indiana Jones. Los malayos, que llevan toda su vida viviendo en la selva, van en chanclas, sin importarles demasiado las sanguijuelas o las plantas venenosas. Se mueven en silencio entre la vegetación, escuchando

cada brisa, cada hoja que cae. Lo captan todo, desde un diminuto insecto hasta un perezoso que se mueve sigilosamente por las ramas más altas.

La mayoría de los visitantes no suelen atreverse a explorar la jungla, ni tan solo a pisarla. Los sonidos, los colores, las texturas, les aterran. Por eso, se limitan a pasar el día montados en las barcas, lejos de los peligros de lo desconocido, navegando río arriba para intentar ver, con sus carísimos prismáticos, algún que otro macaco saltando de árbol en árbol.

A diez minutos del pueblo, se forman grandes colas de embarcaciones en uno de los virajes del río. Todos quieren ver con sus propios ojos a los indígenas de la tribu Orang Asli, una de las últimas comunidades que ha conseguido sobrevivir de forma autosuficiente en mitad de la selva. En gran parte, no han desaparecido gracias a los guías, que se reparten con los miembros del clan los beneficios de las visitas de los turistas. A cambio, los miembros más jóvenes del poblado deben dar un poco de espectáculo para entretener a los viajeros, haciendo fuego manualmente o lanzando jabalinas.



Cuando cae la noche, todas las barcas regresan al pueblo, los turistas se esconden en sus confortables cabañas, atemorizados por los sonidos de los animales que corretean entre la maleza. Todo queda en silencio, pero en la lejanía se pueden escuchar los rezos que suenan por los altavoces de la mezquita cada noche durante una larga y cansina hora. En la plaza del pueblo, a partir de las doce, guías y jóvenes mochileros se reúnen para tocar la guitarra y cantar. Los malayos cuentan historias de la selva, sus encuentros con los tigres y las noches vividas en soledad en mitad de la jungla.

El guía más veterano me toma la mano para dibujarme, con una piedra untada en arcilla, una preciosa flor tropical. “Es una especie carnívora, una de las más letales, que puedes encontrar aquí, en Taman Negara... Malasia es esto, una planta exótica que puedes contemplar, pero a la que no debes mirar desde demasiado cerca, porque acabará devorándote lentamente”, me dice el hombre, con voz serena y sujetando una cerveza.